

CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultado del asesinato de los Guisas.--Efervescencia y tumultos en Paris.--La municipalidad.--Los Diez y seis.--La Sorbona.--El Parlamento.--El Consejo de la Union.--Destitucion del rey Enrique III.--El duque de Mayena teniente general del reino, por los liguistas.--Se arman estos.--Se arma el rey.--Su union con Enrique de Navarra.--Los dos en Saint-Cloud.--Asesinato de Enrique III, por el fraile Jacobo Clemente (1).

1589.

Con la celeridad del rayo llegó á Paris la noticia del asesinato de los Guisas. Solo con el asombro que causó este acontecimiento inesperado, se puede comparar la profunda irritacion de la muchedumbre al saber la venganza atroz ejercida por el rey en dos personas que les eran tan queridas. Por un impulso maquinal corrieron á las armas como si tuviesen á las puertas un ejército enemigo. Resonó en los aires un son confuso de voces, de lamentos y de imprecaciones contra Enrique de Valois, que habia privado á la Francia y á la religion católica de sus dos campeones mas esclarecidos. Fué general la conmocion y el tumulto en aquella vasta capital; y las corporaciones, comenzando por la municipalidad, participaron de los sentimientos de la muchedumbre. Inmediatamente pasó aquella avisos al Parlamento, á la Sorbona y á las demas clases distinguidas de que se presentasen en las iglesias donde se iban á celebrar los solemnes funerales por el alma de los dos difuntos. Acudieron todos los parisenses grandes y chicos á los templos, donde en medio de las pompas de la religion se pronunciaron sermones incen-

(1) Las mismas autoridades que en el capitulo anterior.

diarios incitando á la desobediencia del rey, que designaban abiertamente con los títulos de enemigo de Dios y de asesino. Se le comparaba con Herodes, con Acab, con todos los reyes sanguinarios y enemigos de la religion que nos mencionan el antiguo y nuevo Testamento. No podian menos de producir profunda sensacion estas palabras en la muchedumbre entera. Uno de estos predicadores llamado Lincestre, nombre famoso en todas aquellas turbulencias, llegó hasta exigir de su auditorio un juramento solemne de vengar en el rey la muerte de los príncipes de Guisa. A todos los hizo levantar la mano en señal de sumision á sus preceptos. «Levantad tambien la mano» dijo el furibundo predicador al presidente De-Harloy que se hallaba presente, llamándole por su nombre, observando que estaba remiso en prestar el juramento, apóstrofe á que tuvo que ceder el magistrado por no incurrir en la cólera del auditorio.

A los discursos en los púlpitos siguieron las procesiones en que se cantaban responsos por el alma de los Guisas. Se inundó la capital de folletos en que bajo diferentes formas se presentaban las circunstancias del asesinato, y hasta se grabaron estampas en que se reproducian las mismas imágenes con los mas espantosos caracteres. Se publicaban y pregonaban todas estas producciones por la calle. Estaba la muchedumbre furiosa, hasta frenética. Por todas partes se echaban abajo y se borraban todos los signos de su autoridad como monarca.

Estaba de hecho destronado el rey por el pueblo de Paris, sin que nadie tratase de poner el menor freno á lo encarnizado de sus sentimientos. De la opinion popular participaban las demas clases de la capital, el pronunciamiento era casi unánime y de un alcance inmenso; faltaba solo regularizarle y sancionar por medio de decretos ó de leyes lo que ya era un hecho.

Al frente de la capital se hallaba el ayuntamiento ó cuerpo municipal que dirigia todos los ramos de la administracion civil, incluso el de la fuerza armada para su de-

leusa. Era su poder omnímoto y solo comparable con el que ejerció poco mas de dos siglos despues en los primeros años de la revolucion francesa (1).

Ejercia pues la municipalidad una grande influencia en el pueblo de París; mas no la sola. Estaba dividida la capital en diez y seis barrios ó cuarteles, á cuya cabeza se hallaban uno ó mas magistrados populares con el nombre de cuarteleos ó cuartenarios que eran al mismo tiempo sus jefes militares. Salidos estos hombres de las clases populares, en mucho contacto con la muchedumbre en cuyo seno se hallaban sin cesar, ejercian en ellas mas poder que el mismo ayuntamiento. Dictaban leyes como verdaderos tribunos que eran de la plebe. Se daba á esta corporacion el nombre de los *Diez y seis*, no en atencion á su número, pues en realidad era mayor, sino al de los cuarteles ó barrios de que eran delegados y representantes.

Se debe contar tambien como corporacion popular en aquel tiempo la universidad ó la Sorbona cuyos directores y profesores eran casi todos eclesiásticos en razon de ser la teología el principal ramo que allí se profesaba. Eran casi todos ellos liguistas exaltados, y estaban en íntimas relaciones con los curas de París que desde los púlpitos y por otros mas medios ejercian tanta influencia en el ánimo de la muchedumbre. Con la Sorbona obraba de concierto todo el alto clero afiliado en la santa liga. Estaba, pues, la Sorbona en gran contacto con el cuerpo de los Diez y seis, armonizando mas con él que con el mismo ayuntamiento.

(1) No se pueden escribir estas líneas sin que venga á la memoria el recuerdo de lo que pasó en París en la época moderna á que nos referimos. Prescindiendo de la diferencia del objeto, fué casi igual en ambas el entusiasmo, el fanatismo, el poder de la municipalidad, la omnipotencia de las masas dirigidas por sus tribunos populares. Cualquiera observador hallará muchos mas puntos de contacto entre aquellas revueltas en el siglo XVI y las que ocurrieron despues en el XVIII.

En cuanto al Parlamento, corporacion tan respetable en todas épocas, no se profesaban en su seno doctrinas tan extremadas como en la Sorbona; mas si algunos miembros se mostraban mas moderados, no faltaban otros aunque en minoría que estaban en todo con la Sorbona y con el pueblo.

No se decidió el ayuntamiento por la medida de destronar á Enrique, temeroso sin duda de las consecuencias que podrian seguirse. Pensaba, pues, que seria mas prudente entrar en negociaciones con el rey y conseguir así seguras garantías para lo futuro. Las mismas opiniones pareció abrigar en su mayoría el Parlamento. Pero los Diez y seis mas furiosos y mas fanáticos tomando la voz de la muchedumbre que capitaneaban, manifestaron su resolucion de no transigir nunca con Enrique de Valois, asesino de los Guisas, enemigo de Dios y de la Iglesia.

Para vencer pues la resolucion del Parlamento y tenerle propicio acudieron al violento expediente de presentarse en su seno armados de cincuenta á sesenta de los mas furiosos con una lista de los consejeros indicados de abrigar opiniones moderadas. Les intimaron con tono imperioso de que los siguiesen, orden que sin ninguna resistencia obedecieron. Los sacaron, pues, en público del Parlamento y atravesando con ellos las principales calles de París seguidos de la muchedumbre, los condujeron á La Bastilla donde los dejaron presos. Otros lo fueron en sus domicilios, aunque despues se pusieron en libertad á los que solo en momentos de efervescencia fueron envueltos en el crimen de que acusaban á sus compañeros.

Expurgado de este modo el Parlamento, se mostró mas dócil á las exigencias de la muchedumbre. Propuso el nuevo presidente la cuestion del destronamiento del rey, y todos fueron del mismo dictámen que los cuartenarios.

De los sentimientos de la Sorbona no tenían estos

duda alguna. Le hicieron, pues, una esposicion suplicándola hiciese reunir los individuos de la facultad de teología, para que en vista de las presentes circunstancias deliberasen y diesen su resolucion sobre los artículos siguientes: si el pueblo del reino de Francia podia quedar libre y desliado del juramento de fidelidad y obediencia prestado á Enrique III: si en toda seguridad de conciencia podia el mismo pueblo armarse, unirse, echar contribuciones para la defensa de la religion católica, apostólica y romana, contra los consejos llenos de malicia y esfuerzos de dicho rey y de cualesquiera otros partidarios suyos; contra la violencia de la fé pública cometida por él en Blois en perjuicio de dicha religion católica, del edicto de la santa union y de la libertad natural de los tres Estados del reino.

Fué muy categórica la respuesta de la facultad de teología. El pueblo, decia, de este reino está libre y desliado del juramento de fidelidad y de obediencia prestado al rey Enrique. El mismo pueblo puede lícitamente en toda seguridad de conciencia armarse y unirse, allegar dineros y echar contribuciones para la defensa y conservacion de la iglesia apostólica romana, y contra los consejos llenos de maldad y esfuerzos del monarca.

Fué recibida en París esta decision con grandísimo entusiasmo. Se formuló el acta de la destitucion de Enrique III con toda solemnidad y aparato legal de la justicia. Borradas ya las armas reales y todos los signos de la autoridad de la corona, solo restaba que se aboliesen las oraciones que por él se recitaban en la misa. Asi lo mandaron el obispo y la Sorbona.

Como la municipalidad de París solo podia ejercer su poder dentro de la capital, se quiso dar mas aparato legal á la nueva situacion renovando el antiguo Consejo de Union de la liga establecido tres años antes en las conferencias y capitulaciones de Joinville. La existencia de este Consejo no era pública, es decir, de oficio; mas ahora se quiso que lo fuese y con la mayor solemnidad,

dándole el carácter de gobierno provisional de toda Francia. Se celebró con este objeto una grande asamblea de los católicos mas exaltados y de mas categoria, presidido por el duque de Mayena, hermano de los dos principes difuntos. Se eligieron de su seno los miembros que debian componer el Consejo de la Union, y se le revistió del supremo poder mientras no se arreglaba definitivamente el gobierno que habia de regir en Francia. Fué el primer acto del Consejo de la Union nombrar al duque de Anmale gobernador militar de París y general de los ejércitos de la liga al duque de Mayena.

Todas las corporaciones de París reconocieron la autoridad del gobierno supremo del Consejo de la Union, distinguiéndose entre todas la municipalidad que tan celosa se habia mostrado de su preponderancia. Expidió el nuevo gobierno circulares á todas las ciudades principales mas adictas á la liga y que no necesitaban esta invitacion, pues ya habian imitado el ejemplo de París destituyendo de hecho al monarca, contra cuya perfidia y atrocidades declamaban con la misma vehemencia. Se distinguian entre estas grandes poblaciones Lyon, Tolosa, Marsella y Ruan, donde la santa liga tenia tanto arraigo. De esta suerte antes de pasarse dos meses despues del asesinato de los Guisas, estaba destronado de hecho Enrique III en París y en las ciudades principales y de mas influencia.

Permanecia mientras tanto este monarca en Blois al frente de los estados generales, que continuaban sus sesiones en medio de los acontecimientos graves de París, aunque con marcado disgusto, por lo que con ellos simpatizaban en su grande mayoría. Bien pudo conocer el rey lo errado de su golpe contra los principes de Guisa y lo poco que habia ganado en la opinion, perpetrando un acto atroz sin ningun provecho suyo. Continuó sin embargo renovando en el seno de aquella asamblea sus protestas y juramentos de defender la fé católica, que si antes habian hecho poquisima impresion fueron entonces

escuchadas con una mezcla de desprecio y odio. Poco á poco se fué disminuyendo el número de sus individuos, hasta que el rey se vió precisado á cerrar sus sesiones por su insignificancia. No faltaron en esta ceremonia triste arengas de una y otra parte renovando sus protestas Enrique III de su sincera adhesion á los intereses de la fé católica.

Terminaron por aquellos dias los de la reina madre á la edad de 71 años, abrumada con aquella grave situacion y la perspectiva de los desastres inevitables que iban á ser su consecuencia. El fatal desacierto del asesinato de los Guisás la llenó de amargura, como ya lo hemos indicado, pues no se le ocultaba que con esta atrocidad se habia abierto un abismo bajo las plantas del monarca. Baste lo que hemos dicho de esta princesa en varias ocasiones para formar una exacta idea de sus prendas y su carácter. Era preciso que fuese de una habilidad nada comun, de una gran destreza en todas las artes del gobierno, para permanecer durante treinta años, sin perder nunca su ascendiente, á la cabeza del gobierno de un pais por tantas facciones destrozado. Habia nacido sin duda para aquella situacion, para tiempos de desorden y de revueltas. No es extraño que los partidos la hayan presentado bajo aspectos tan diversos; que los calvinistas sobre todo se hayan encarnizado contra la memoria de una princesa que les habia dado tan justos motivos de resentimiento. Que era artificiosa y falaz en proporción que astuta y hábil, se puede concebir muy fácilmente. Que era muy poco escrupulosa en los medios que la condujesen á sus fines, ademas de ser histórico es muy probable en una mujer tan celosa de su autoridad, y que para no perderla necesitaba dividir y dominar un partido por los temores que podia infundirle su contrario. A pesar de no ver sus hijos Carlos IX y Enrique III ni destituidos de entendimiento ni absolutamente desnudos de ambicion, influyó totalmente en su conducta hasta el punto de ser considerada como la su-

prema gobernante. Ninguna persona á la cabeza de la administracion navegó en un mar tan borrascoso: y ninguna dió mas pasos, entabló mas negociaciones, ajustó mas tratados, manejó mas intrigas de una vez y representó papeles mas diversos. En todas las transacciones, en todos los movimientos grandes de aquel pais figura su persona en primer término. Fué sin duda Catalina de Médicis la reina de Francia que hasta ahora ha adquirido mas derechos de ser célebre. Tibia en sus creencias, demasiado mundana en sus placeres, amiga del fausto y la magnificencia, nada severa en su moral, inclinada á las artes de la mágia que tenian tanta boga en aquel siglo, dejó una fama poco pura de aquellas que se recuerdan sin ninguna simpatía. Los calvinistas la odiaron: de los políticos no fué querida: de su mismo hijo fué poco llorada. En cuanto á los católicos ardientes, la miraron casi con tanto odio como los mismos calvinistas. Oigamos en prueba de ello lo que desde el púlpito dijo el famoso Lincestre al hablar de la muerte de esta princesa: «Ha hecho la reina madre mucho bien y mal; pero yo creo que ha sido mas el mal que el bien. Se presenta hoy dia una dificultad, á saber, si la iglesia católica debe orar por la que ha vivido tan mal y ha sostenido muchas veces la heregía, aunque se dice que á los últimos se ha adherido á nuestra santa union y no consentido en la muerte de nuestros buenos principes: por lo que os diré que si á la ventura y por caridad queis rezar por ella un Pater-noster y un Ave-María le servirá lo que pueda, por lo demas lo dejo á vuestra voluntad.» Tal era el lenguaje de los pulpitos de entonces.

Con el pronunciamiento de París y de tantas ciudades considerables del reino, con la instalacion del Consejo de la Union como gobierno supremo de la liga, se marcaron de un modo terminante y fijo los diversos campos militares que iban á decidir la gran contienda. Uno de los primeros actos del Consejo de la Union, fué